Sin embargo, esperando en Nueva York el abrumado Amador instrucciones de la Junta Revolucionaria, un hecho casual y providencial cambió el rumbo de los acontecimientos.

El 22 de septiembre, procedente de Europa, a aquella ciudad llegó por razones familiares el ingeniero Philippe Bunau-Varilla, antiguo luchador en pro de la vía panameña. Interesado como siempre por obtener noticias de Panamá, se dirigió a la sede de Piza Nephews & Co., y tras saludar a su amigo Joshua Lindo le preguntó si era cierto lo que se rumoraba sobre planes separatistas istmeños.

Lindo le respondió que faltaban recursos, que sin dinero no se podía hacer una revolución; pero que si quería estar al corriente de la situación, le diría al doctor Amador que fuera a visitarle. Gratamente sorprendido el ingeniero galo de que su viejo amigo se encontrara en ese momento en Nueva York, aceptó la sugerencia, y al regresar a la media noche al hotel Waldorf-Astoria encontró dos notas de Amador solicitándole una urgente entrevista. Ipso facto telefoneó al hotel Endicott donde Amador se hospedaba, y acordaron encontrarse en la mañana siguiente.

En esa reunión, Amador refirió a su amigo todo cuanto le había ocurrido desde el día en que Arango le había confiado el plan revolucionario, los nombres de los comprometidos, el posible apoyo de la guarnición militar, el desplante de Cromwell. Agregó que en el supuesto de una proclamación de independencia, era indispensable que los istmeños contaran con ayuda o apoyo del Gobierno estadounidense; y terminó pidiéndole su consejo.

Bunau-Varilla le pidió que lo dejara reflexionar un tiempo, que permaneciera en Nueva York y que no hablara con nadie más sobre el asunto. Recobrada en parte la tranquilidad, Amador envió a Panamá un cable que decía: «Hopes».

Bunau-Varilla en acción

Entre cavilaciones e hipótesis sobre la situación canalera de Panamá vemos la de Nicaragua luego del rechazo del Tratado Harrán-Hay y la posible posición del Gobierno de Roosevelt. Bunau-Varilla se entrevistó en Nueva York con su amigo el profesor Burr (de la Universidad de Columbia y uno de los miembros de la Comisión Istmica), quien le consiguió una cita con su colega Basset Moore, profesor de derecho diplomático de la misma casa de estudios y, tal vez en aquel momento, la más alta autoridad de Estados Unidos en materia diplomática. En aquella entrevista el profesor le expresó que el tratado de 1846 daba a los Estados Unidos el derecho de ejecutar los trabajos necesarios para la construcción del canal por Panamá, y que su derecho de camino y de tránsito a través del Istmo, resultaría ilusorio si Colombia, impotente por construir el canal, impidiera que lo hicieran los Estados Unidos, agregando que con cuando tal derecho no era explícito, sí estaba implícito. Teoría que, lo manifestó con vehemencia, debía mantenerse en secreto.

Se trataba —conjeturó Bunau-Varilla— de una concepción de orden puramente doctrinal, de una teoría formulada en condiciones que la imponían al secreto, y a su juicio en esos momentos sólo dos personas podían tener interés en hacer tal consulta: o el Presidente Roosevelt o el secretario de Estado, John Hay.

Con la intervención de otro amigo, Francis B. Loomis, subsecretario de Estado, Bunau-Varilla logró entrevistarse con el mismísimo Roosevelt, de donde salió totalmente satisfecho. Entendió claramente que el Presidente prefería la vía panameña, y que si una revolución le proporcionara una oportunidad favorable para que Estados Unidos finalizara la construcción del canal, él seguramente la aprovecharía.

Pocos días después, citado por el secretario de Estado, John Hay, a su residencia particular, éste le manifestó a Bunau-Varilla al término de larga conversación que la proclamación de independencia de Pa-

namá no tomaría al Gobierno de Estados Unidos desprevenido, y que ya se habían dado órdenes a fuerzas navales en el Pacífico para navegar hacia el Istmo. Y añadió que los Estados Unidos tendrían fuerzas suficientes en la proximidad de Panamá para, si estallaba la revolución, asegurar la paz a lo largo de la línea de tránsito, conforme al tratado de 1846.

Con semejante declaración, ya todo estaba dicho. Había llegado, pues, la hora de poner manos a la obra. En cuanto salió de la casa de Hay, Bunau-Varilla abordó el primer tren hacia Nueva York, y mediante cable citó a Amador para el día siguiente.

En larga charla trataron el tema del dinero que los conjurados necesitarían, y llegaron a la conclusión de que 100.000 dólares bastarían por el momento; dinero que Bunau-Varilla consiguió en esa ciudad con la casa Pierpont Morgan, por cuenta de la futura República de Panamá.

En cuanto al aspecto militar, el francés consideró imprudente pedirlo al Gobierno estadounidense, pues creía que una vez declarada la independencia bastaba que los norteamericanos mantuvieran libre la vía férrea e impidieran el desembarco de tropas colombianas en el Istmo.

Bunau-Varilla le explicó que 48 horas después de proclamada la República de Panamá, ésta sería protegida por las fuerzas norteamericanas. Así lo había deducido de las conversaciones que tuvo con Roosevelt y con Hay. Y calculando la fecha de llegada de Amador a Panamá, le concedió hasta el 3 de noviembre para proclamar la República, declinando toda responsabilidad si no se hacía así. Amador pidió hasta el 5, pero el francés no aceptó.

El 20 de octubre Amador se embarcó en el vapor *Yucatan* de regreso al Istmo y el martes 27, muy nervioso, desembarcó en Colón. Abordó el primer tren disponible hacia la ciudad de Panamá, y esa misma noche se reunió con la Junta Revolucionaria a la que informó de todo lo acontecido y planeado con Bunau-Varilla.

Los siguientes días fueron para Amador (quien desde su llegada había asumido la dirección suprema del movimiento) y las cabezas de la secesión de intensa agitación y nerviosa expectación. Algunos cables en clave que se cruzaron con Bunau-Varilla aumentaron la confusión y la incertidumbre. Pero finalmente, el sábado 31 de octubre el *Nashville* partió de Kingston rumbo a Colón, con órdenes bajo pliego cerrado, y el 2 de noviembre arribó a su destino. Ese mismo día Bunau-Varilla envió un cable a Amador con una sola palabra, «Boy», significando que nada había ocurrido que hiciera necesario modificar el plan acordado.

En la mañana siguiente, martes 3, Bunau-Varilla leyó en el *Evening Telegram* la noticia de que tropas colombianas habían desembarcado en Colón... y creyó que todo estaba perdido.

El angustioso y complicado 3 de noviembre

Amador dispuso proclamar la República el miércoles 4, siguiendo la indicación de Tomás Arias, quien alegó que ese día salía el vapor francés que hacía escala en Barranquilla y que, por ello, no tendrían en Colombia la noticia inmediatamente, sino muchos días después; y además, porque en esa fecha ya estarían anclados en aguas istmeñas, del Pacífico y del Atlántico, los buques de guerra norteamericanos. Sin embargo, a causa del inesperado arribo al puerto de Colón de tropas colombianas, Amador dispuso anticipar el golpe y proclamar la República el martes 3.

El amenazador contingente arribó al despuntar el alba a bordo de los vapores *Cartagena* (de guerra) y *Alexander Bixio* (mercante), trayendo a bordo a los generales Juan B. Tovar y Ramón G. Amaya comandando el batallón *Tiradores*, compuesto de 500 hombres, con el propósito de impedir el rumoreado movimiento separatista.

Cuando Amador fue informado vía telefónica del desembarco, prontamente se dirigió a la casa de Tomás Arias, el más cercano de los

conjurados, quien al enterarse de lo sucedido sólo alcanzó a murmurar: «Entonces, todo está perdido».

Por su parte Amador, después de informar a los principales conjurados de lo ocurrido, se dirigió al Cuartel de Chiriquí para pulsar al general Huertas sobre su decisión de apoyar el movimiento, y obtuvo respuesta favorable y enérgica. Sin embargo, había perdido la fe y la esperanza.

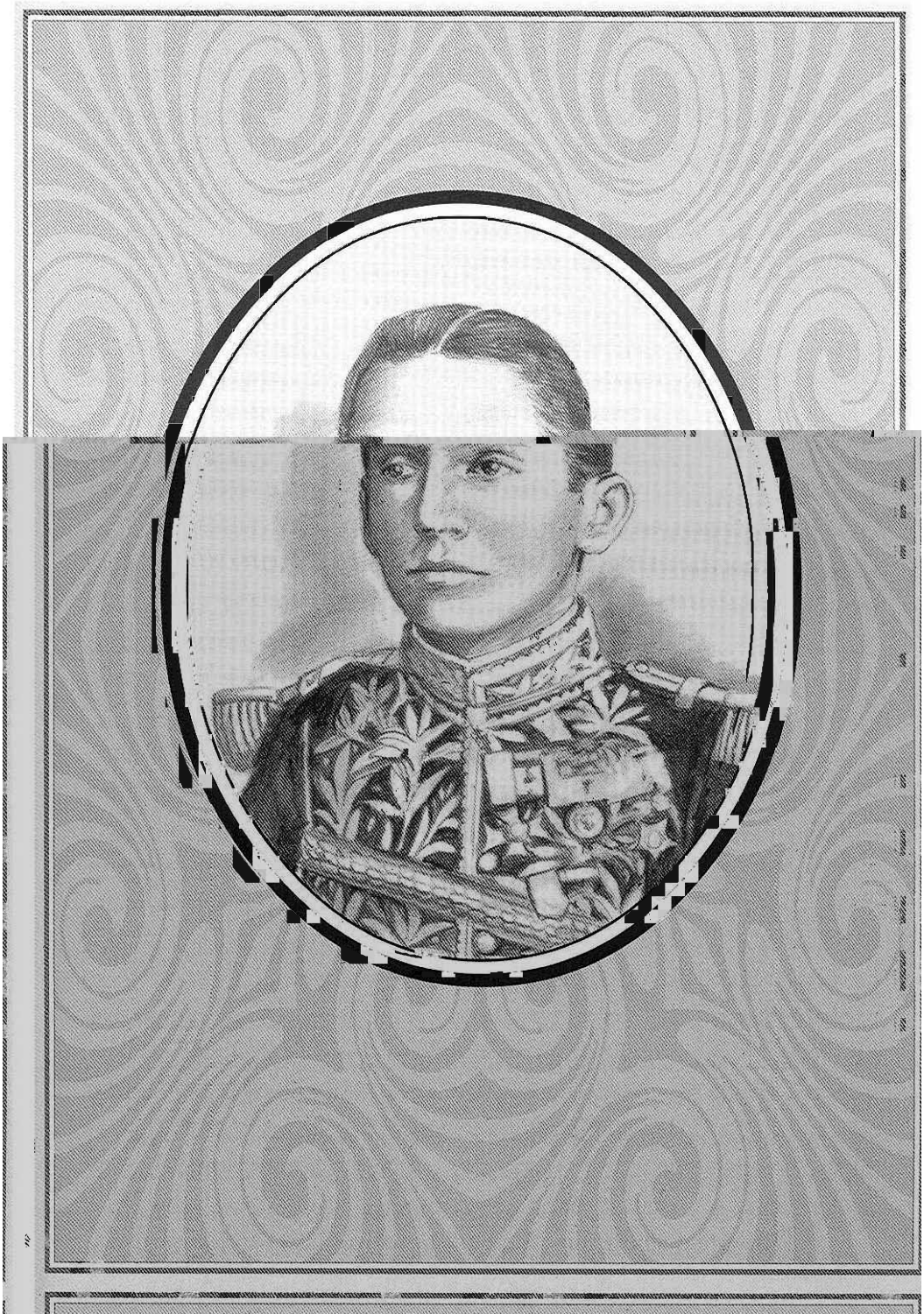
Ya en su casa, tendido en una hamaca meditando, su esposa, María Ossa, advierte su preocupación. Amador le confiesa: «Creo que todo está perdido. Mis compañeros vacilan y creo que nos dejarán solos». Doña María reacciona con energía: «Si te dejan solo, solo tienes que luchar. Ya no es posible echarse atrás. Anda, levántate a luchar».[1]

Se dice que fue doña María la que aconsejó a su marido que se comunicara con el coronel Shaler, superintendente de la Compañía del Ferrocarril con sede en Colón (reclutado en el movimiento), y le suplicara que por ningún motivo dejara que las tropas fueran trasladadas a la ciudad de Panamá, idea que rápidamente Amador puso en marcha. Se afirma también que doña María salió inmediatamente hacia la casa de los conjurados Arango y Espinosa, a quienes encontró «presa de horrible y justificado pánico», logrando animarlos y convencerlos de que ya era tarde para dar un paso atrás.

En sus *Memorias*, el general Huertas reafirma sin tapujos y con crudeza las reacciones de «justificado pánico»:

«... casi todos los conjurados o revolucionarios al saber que las tropas colombianas con sus jefes llegarían de un momento a otro al puerto de Colón, se acobardaron y desmoralizaron al extremo, y muchos de ellos no pensaron en otra cosa que en salvar sus pellejos y sus intereses. Por eso, hubo algunos que hasta planearon ofrecerle agasajos y fiestas a los generales invasores, tal vez con el fin de rezarles el *Yo pecador*, pedirles perdón y conseguir indulgencias».[2]

Elocuente declaración que Huertas dictó para comparar y contrastar aquellas actitudes timoratas con las de don Domingo Díaz



Esteban Huertas

—dispuesto con «su resolución definitiva de ir hasta el sacrificio» — y quien en este relato a renglón seguido inevitablemente debe aparecer en escena.

El general Díaz, motor del arrabal

Dos son las versiones más conocidas acerca del ingreso de don Domingo al movimiento revolucionario: Una, del citado general Huertas; la otra, del historiador Ortega. Veamos qué dicen.

1. En la mañana del 1° de noviembre, Amador citó al general Huertas al Hotel Central, con el propósito de confirmar su participación en el movimiento independentista. Luego de la entrevista —en la que, según la versión del general, Amador por primera vez le habló de los planes separatistas— Huertas le pidió a su compadre Pastor Jiménez que le dijera al general Domingo Díaz que quería verlo y que le mandara decir dónde podrían encontrarse.

«A las siete de la noche —rememora Huertas— regresó mi compadre Pastor, diciéndome que el general Díaz me esperaría en la parte baja de la casa de su hermano don Pedro, a las diez. A esa hora tuvimos el general Díaz y yo una larga conferencia. Hablé detenidamente con él, porque don Domingo era un hombre que me despertaba confianza, que el pueblo panameño quería mucho y para mi parecer podía estar seguro de todo lo que él me dijera y ofreciera. Cuando yo le pregunté al general Díaz si él podía contar con el pueblo en caso de un movimiento revolucionario, él me contestó: 'General Huertas: aunque usted no me ha asegurado nada, cuento con el pueblo, y usted cuenta con mi vida y la de ese pueblo, pero tenemos que hacer la independencia. Yo creo que usted y yo nos entendemos bien. Cuente con mi apoyo y crea en mi promesa'.

«Ante la decisión inquebrantable del general Domingo Díaz, quien no me habló de prebendas ni del apoyo de extranjeros, sino que

me ofreció su propia vida y la del pueblo panameño, yo vi en él a mi mejor aliado para la acción, en el caso de que me resolviera a realizarla; por eso, al despedirse, le dije: Usted, general Díaz, no está solo; recuerde que yo tengo las armas y que yo quiero mucho a Panamá».[3]

Pocos párrafos más adelante, Huertas vuelve a repetir los mismos conceptos: «La seguridad que me dio el general Domingo Díaz que podía contar con su persona y con el pueblo panameño, así como su resolución definitiva de ir hasta el sacrificio, me hizo comprender que tenía en su persona a un leal compañero, en quien podía confiar caso de que se presentaran algunos acontecimientos...».[4]

2. Según Ortega, el lunes 2 «don Eduardo Icaza —uno de los conjurados— autorizado para hablar de la independencia al general Domingo Díaz e iniciarlo en el movimiento, mandó llamar a éste a su establecimiento comercial situado entonces en la esquina formada por la avenida A y calle Novena. El general Domingo Díaz, tan pronto como tuvo noticia de la cita que le hacía don Eduardo Icaza, concurrió al establecimiento de éste; y una vez allí el señor Icaza le explicó, ampliamente, todo cuanto ocurría a ese respecto. El general Domingo Díaz, sorprendido al escuchar detalladamente semejante plan, preguntó: '¿Pero saben ustedes lo que van a hacer?'.

«Claro que sabemos —contestó don Eduardo Icaza— y por eso, precisamente, queremos contar con usted».

«Pues, bien —replicó el viejo militar—, cuenten conmigo».[5]

Teniendo en cuenta que ambos textos provienen de libros escritos varios años después de acaecidos los hechos, pensamos que —horas más u horas menos, palabras más o palabras menos—se ciñen a la verdad. Además, debemos imaginar que con toda probabilidad y por obvias razones políticas, alrededor de esos días don Domingo tuvo que haber tenido conversaciones similares con los jefes liberales Morales y Mendoza, ya incorporados en el movimiento.

Alrededor de las dos de la manaña del martes 3, el general Huertas —según su propio relato— abandonó el cuartel de Chiriquí y, tratando de no ser visto, se encaminó hacia el parque de Santa Ana, con el fin de buscar en su cantina a Lopolito (máximo dirigente de la colonia italiana); pero al llegar al parque de la Catedral se encontró con el joven *Chale* Zachrisson quien le dijo que justamente iba en busca de Antonio Alberto Valdés para que lo acompañara hasta el cuartel con el fin de informarle a Huertas que ya se tenían noticias sobre la inminente llegada de tropas colombianas a Colón; noticia que Amador Guerrero le había dado con carácter confidencial, desde las oficinas principales del ferrocarril. *Chale* también le manifestó que Amador «se encontraba muy desanimado en vista de que todos los compañeros comprometidos en el movimiento lo habían abandonado y que creía que se estaba celebrando, o se iba a celebrar, una reunión de importancia en casa de Pedro A. Díaz, a donde habían sido citados con urgencia».[6] Huertas se despidió de *Chale*, diciéndole:

«Procura ver al general Domingo Díaz y díle, pero eso sí, a él solo, que el enfermo se está poniendo muy grave y que se acuerde de que los dos seremos sus médicos y lo aliviaremos. Que vaya alistando sus medicinas porque ya yo estoy preparando mi botiquín».[7]

Inmediatamente partió hacia la cantina de Lopolito, a quien le explicó que con urgencia necesitaba doce carretas con sus mulas y sus carreteros. En el gran patio trasero de la cantina, donde estaban ubicadas todas las caballerizas, el activo italiano preparó las carretas, llamó a los carreteros y se puso a sus órdenes. Huertas subió a la que conducía Lopolito y a trote de mulas se dirigieron hacia el Cuartel de Chiriquí. El general seleccionó a 16 soldados de toda su confianza, llamó al capitán Ricardo Romero para que abriera el arsenal y muy pronto llenaron las carretas con rifles, bayonetas, revólveres y cajas de municiones; parque que repartieron en las guarniciones y postas ubicadas en la loma de Perejil, Tívoli, la loma de Gilberto, La Boca, San Lázaro y Pueblo Nuevo.

Finalizada la trasnochada tarea, Huertas cogió un coche que lo llevó a la casa de Pedro A. Díaz. Serían las 5:20 minutos de la madrugada —recuerda Huertas— cuando llegó al zaguán de aquella casa. En la puerta estaba don Pedro, quien le confirmó que sí se había celebrado con mucho secreto una reunión y que por cierto muy pocos o casi nadie había concurrido; que su hermano Domingo se encontraba todavía dentro y que si quería verlo podía entrar. Así lo hizo, y allí el general le dijo:

«Con que el enfermo está grave, general; pues no hay que preocuparse, pues si es necesario, yo le daré mi sangre para que se salve».[8]

Seguidamente convinieron en ciertas consignas y después Huertas se retiró para el cuartel adonde llegó alrededor de las 6:30 de la mañana y en su despacho encontró este cable:

«General Huertas. Panamá. Anuncio crucero *Cartagena* en bahía. Ahora mismo desembarcarán general Tovar y ayudantes. Vapor trae quinientos hombres. • comandante de la guarnición, Achura».[9]

Seis horas de angustia y tenso nerviosismo

Atrás ya vimos al doctor Amador sentirse solo, abandonado por sus correligionarios, y agobiado por la incertidumbre nacida con el arribo de las tropas colombianas a Colón. Sin embargo, la noticia del éxito de un ardid empleado por el coronel Shaler, superintendente del ferrocarril con sede en aquella ciudad, lo calmó un poco. El funcionario norteamericano había conseguido convencer al general Tovar de que no disponía de trenes para transportar a sus tropas hacia la ciudad de Panamá, y alrededor de las nueve y media de la mañana logró embarcarlo junto con sus dos ayudantes en su propio y lujoso vagón, asegurándole que en tren especial más tarde despacharía a sus tropas, las que allí quedaron a órdenes del coronel Eliseo Torres.

Entretanto —según refiere Ismael Ortega— «cerca ya de las diez